Cultura histórica y nombres de calles. Aproximación al nomenclátor contemporáneo de Barcelona y Madrid

Fernando Sánchez Costa
Universitat Internacional de Catalunya

Resumen: Los nombres de las calles de ua ciudad tejen un complejo tapiz de memoria. El nomenclátor puede entenderse como un macrotexto peculiar que expresa y contiene unos discursos histórico-identitarios determinados. En este artículo, el autor profundiza en la naturaleza simbólica de los nombres de las calles españolas y explica su tono político-conmemorativo como fruto lógico del carácter historicista de la tradición europea y como consecuencia de los contextos políticos contemporáneos. Considera el nomenclátor como parte integrante de la cultura histórica europea, es decir, como uno de los recursos a través de los cuales los europeos interpretan, objetivan y utilizan la historia. El artículo tiene una intención primordialmente teórica. Propone un andamiaje metodológico para estudiar los nombres de las calles y otros elementos de la memoria pública. Sin embargo, explora también los nombres de las calles de Barcelona y Madrid (sobre todo los contemporáneos) a fin de señalar los procesos y las narrativas que les han dado forma.

Palabras clave: Memoria, memoria pública, cultura histórica, nomenclátor, nombres de calles, identidad, Barcelona, Madrid.

Abstract: The street names of a city weave an interesting tapestry of memory. Urban place-names shape a particular macrotext that expresses and contains several identitarian and mnemonic discourses. In this article, the author deals with the symbolic of street names. The political and commemorative tone of Spanish urban place names is explained as a logical fruit of European traditional historicism and as a consequence of modern political contexts. Street names are considered as a relevant part of the European historical culture, that is to say, as one of the sources, by means of which Europeans interpret, objectify and use history. The article has primarily a theoretical pretension. It proposes a methodological scaffolding in order to study street names and other elements of public memory. However, the street names of Barcelona and Madrid are also explored (specially modern names) in order to identify their main ideological narratives.

Key words: Memory, public memory, street names, identity, historical culture, Barcelona, Madrid.

1. Un asunto arduo y pasional.

El asunto, lejos de revestir esa cierta intrascendencia
que muchos pregonaban, adquiría insospechados caracteres

[*Memoria y Civilización* (M&C), 12, 2009, 217-251]

> de arduo, pasional y truculento, ocupando largos trechos de la labor municipal, en elevadas discusiones histórico-filosóficas (...). Dando de lado a otros problemas (...) vuelve a plantearse tal asunto, con su cortejo de ardorosos debates, sendos comentarios de prensa, y terribles empozoñamientos de los ánimos, y me espanta más todavía la posibilidad, la certeza, de que todo sea imborrable precedente para futuras actuaciones en ocasión de nuevos cambios políticos[1].

Con esta descripción algo alarmada, el concejal monárquico Manuel Buceta se dirigía por carta a la Comisión de Gobernación del Ayuntamiento de Madrid el 22 de junio de 1931. Buceta relataba los conflictos que los cambios de nombres de calles estaban provocando en la vida municipal, y acababa sugiriendo, unas líneas más adelante, una solución. Habían pasado apenas dos meses desde la proclamación de la II República. La revolución de abril se había desarrollado en un clima festivo y pacífico. En Madrid, los más exaltados, o aquellos que sentían un resentimiento más hondo contra la Monarquía, habían canalizado su venganza derribando algunas estatuas reales y arrancando ciertos nombres de calles[2]. Esta violencia simbólica contenida y las llamadas a la serenidad por parte de las autoridades, bastaron para controlar –por el momento– los excesos físicos contra los representantes del régimen antiguo.

---

[1] Proposición escrita de Manuel Buceta a la Comisión de Gobernación del Ayuntamiento de Madrid, 22.06.1931. Citado en Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia madrileña: proceso evolutivo, IV,* Madrid, Gerencia Municipal de Urbanismo, 2001.

[2] "Algunos grupos de manifestantes arrancaron el rótulo de la Plaza del Rey, paseándolo izado en un palo por todas las calles, profiriendo gritos. (...) Grupos provistos de escaleras recorrieron todas las calles rotuladas con algún nombre real y se dedicaron a arrancar las placas; esto ocurrió en la plaza de Isabel II, en la calle de la Reina y en la de las Infantas. En el lugar de estas placas fueron colocados unos cartelones con los nombres de Galán, García Hernández y Franco. Valiéndose de unas cuerdas enlazaron la estatua de Isabel II, la derribaron y la llevaron arrastrando hacia la plaza del sol (...). Por el mismo procedimiento derribaron en la plaza Mayor la estatua ecuestre de Felipe IV". *La Época,* 15.4.1931, p. 3.

No pasaron muchos días, sin embargo, para que los concejales republicanos recién elegidos en Barcelona y Madrid decidieran visualizar la llegada del nuevo tiempo político cambiando oficialmente el nombre de algunas avenidas importantes, es decir, reestructurando simbólicamente el espacio público. En Barcelona, el 16 de abril, la actual Diagonal dejó de llamarse Alfonso XIII, y adquirió el nombre de 14 de abril. Ese mismo día se bautizaron dos grandes avenidas con los nombres de Fermín Galán y García Hernández. En un momento de elevada tensión entre Barcelona y Madrid, los concejales barceloneses quisieron convertir el homenaje a los héroes de Jaca en un gesto y una prueba de fraternidad con el resto de España[3]. Al día siguiente, en Madrid, los concejales socialistas proponían la supresión de los nombres monárquicos más significativos y su sustitución por los de Ramón y Cajal, Rosalía de Castro, Capitán Domingo, República, Ruiz Zorrilla, 14 de abril y García Hernández[4].

A lo largo de los meses siguientes, cambiaron decenas de nombres en las dos ciudades[5]. Este proceso no estuvo exento de discusiones en los plenos municipales y en la opinión pública. Para evitar futuras polémicas, el conejal Manuel Buceta terminaba su escrito propo-

---

[3] El portavoz de ERC en el Ayuntamiento, Joan Lluhí, aseguró que otorgaban estos nombres "per a demostrar l'agraiment que, com a catalans, sentim per aquells no catalans per el sacrifici que oferiren defensant la nostra llibertat". El concejal federalista Velilla festejó esta decisión como un acto de reconciliación: "Nosaltres com vosaltres hem lluitat per un mateix ideal i jo m'aixeco i us dono un abraç en nom de Barcelona i requereixo a la premsa per a que demà es digui no hi ha mes que germans i que lluny a les terres d'Espanya no hi ha mes que germans nostres (...)". Cfr. Arxiu Administratiu Municipal de Barcelona, Actas Pleno Municipal, 16.04.1931, Libro 313, pp. 181-2.

[4] Cfr. Actas Pleno Municipal de Madrid, 17.04.1931. Archivo de la Villa de Madrid, R-775/86, p. 56.

[5] Entre el 14 de abril y el 1 de julio de 1931, el Ayuntamiento de Madrid se reunió en pleno catorce veces. Once de ellas trató, en algún momento, el tema del nombre de las calles. En este mismo periodo, el Ayuntamiento de Barcelona se reunió en once ocasiones. En ocho de ellas se abordó algún aspecto de la remodelación del nomenclátor.

niendo una solución novedosa que zanjara el problema de raíz. Sugería que "para nuevas estructuraciones de la Villa, (...) se acuerde dar a las Avenidas y calles, pura y simplemente, una numeración que las distinga, como ya es norma en las modernas poblaciones". Buceta postulaba la implantación del sistema toponímico alfanumérico, un sistema que seguía un criterio neutro de racionalidad funcional y que, según su argumentación, parecía imponerse en las grandes urbes modernas.

La Comisión de Gobernación trató el asunto una semana después, y resolvió desestimar la propuesta "por oponerse (...) al espíritu tradicional español que siempre ha encontrado el medio de honrar a sus conciudadanos poniendo sus nombres a las calles de Ciudades y Villas". De este modo, Madrid se mantenía en el marco de la tradición toponímica europea y española, que desde antiguo había dado nombres significativos a las calles y, desde el siglo XIX, había convertido el nomenclátor urbano en un lugar de memoria; más aún, en un espacio de conmemoración y consolidación del sistema político imperante.

2. *Enfoque y objetivos del artículo*

Los primeros meses de la II República vivieron un intenso debate sobre los nombres de calles y la memoria pública. No ha sido la única vez en la historia contemporánea de España. La polémica sobre la conmemoración en el espacio cívico fue también habitual durante la Transición, y sigue provocando hoy encontronazos. Pero en este artículo no me propongo explicar la biografía convulsa de los nomenclátores de Barcelona y Madrid. Estas páginas tienen, más bien, una intención teórica y metodológica. Los próximos epígrafes se escriben con la pretensión de ahondar un poco más en la compleja malla simbólica que ha llegado a ser el nomenclátor y con el objetivo de sugerir una nueva perspectiva metodológica para estudiar la toponimia y otros elementos urbanos que pertenecen a la infraestructura de la memoria pública.

Siendo algo más concreto, en el artículo procuraré lograr tres objetivos principales. Primero, explorar la significación del nomenclátor como un elemento decisivo en la construcción simbólica del espacio público y del imaginario urbano. Segundo, señalar el papel rele-

vante que juega el nomenclátor en la cultura histórica europea, en general, y española, en particular. Tercero, analizar los nombres de las calles de Barcelona y Madrid desde las herramientas conceptuales y metodológicas vinculadas al concepto de "cultura histórica".

Un objetivo transversal de este texto es, precisamente, dar a conocer la categoría "cultura histórica", enarbolada durante los últimos decenios por una corriente historiográfica alemana. En los próximos epígrafes esbozaré brevemente el desarrollo y la importancia que ha tenido la conciencia histórica en la mentalidad europea y apuntaré cómo esta conciencia se ha formado, y al mismo tiempo ha cristalizado, en una cultura histórica (que tiene en el nomenclátor uno de sus soportes). Frente al tono algo polémico y confuso que en España suele tener la perspectiva de la "memoria histórica", el andamiaje conceptual sistemático en el que se apoya el concepto de "cultura histórica" puede servir para estudiar con algo más de sosiego y objetividad la pluralidad de los fenómenos conmemorativos.

3. La ciudad como macrotexto y tapiz de memoria

En la introducción del libro *Die Besetzung des öffentlichen Raumes* [*La ocupación del espacio público*], Peter Stachel ha definido la ciudad como "el espacio semiótico en el que ninguna materialidad permanece sin semiotizar"[6]. En la ciudad todo es fruto del diseño y de la acción humana. Es el ámbito de lo artístico-artificial, la esfera de la libertad y de la cultura. Los elementos urbanos son, en general, plasmación y materialización de ideas y proyectos humanos. Por ello, la ciudad es una realidad legible, que puede ser interpretada y entendida; es una compleja red de signos, que se entrecruzan y superponen, y que son descifrables si el ciudadano conoce las claves hermenéuticas necesarias (lengua, cultura, historia, etc.).

---

[6] Peter STACHEL y Rudolf JAWORSKI (eds.), *Die Besetzung des öffentlichen Raumes. Politische Plätze, Denkmäler und Strassennamen im europäischen Vergleich,* Leipzig, Frank&Time, 2007, p. 18. T.A.

El propio Stachel ha precisado en qué sentido podemos hablar de la ciudad como texto: "Las piedras, esto es, la materialidad de la ciudad, sus edificios, calles y plazas no tienen solamente una mera faceta funcional (...) la ciudad es siempre también un *texto* legible, una *semiosfera*. Bajo la palabra *texto* no entendemos aquí naturalmente necesariamente un texto verbal. En un sentido (semiótico) más amplio, entendemos por *texto* toda estructura basada en la interrelación de signos portadores de significado y que, por tanto, es legible"[7].

Además de semiosfera, la ciudad es también espacio público. Desde antiguo, pero más particularmente desde la Modernidad, la ciudad es el lugar donde se producen los principales intercambios sociales, políticos y económicos. Es el espacio de encuentro de los miembros de la comunidad política, donde se transfieren los bienes materiales, se acuerdan los marcos normativos, se crea la cultura y se decide el futuro de la nación. En realidad, los signos urbanos son el marco del espacio público, lo vehiculan y forman parte de su concreción y desarrollo. Es decir, el espacio público urbano se articula a través de signos.

Muchos signos urbanos tienen un carácter meramente funcional. Sirven para ordenar y posibilitar la vida ciudadana. Pero un número importante de ellos se ve revestido también de una significación simbólica. A través de estos signos con carácter simbólico (como estatuas, banderas y nombres de calles), el espacio urbano puede ser rotulado por un discurso ideológico, político e identitario. El espacio neutro adquiere entonces una determinada coloración identitaria y queda impregnado de unos principios axiológicos o políticos concretos.

Un tipo paradigmático de los signos urbanos práctico-simbólicos son los nombres de calles (al menos en el ámbito europeo). En un primer nivel, el nomenclátor sirve para orientar geográficamente a los ciudadanos en la urbe y para facilitar el intercambio comercial y personal. Los nombres de las calles, junto a los números de los edificios, permiten ordenar la ciudad e identificar los lugares según un criterio

[7] Ibid., p. 17. T.A.

sistemático y racional. Rose-Redwood ha recordado recientemente la importancia que han tenido los nombres de calles y los números de casas en el establecimiento de la vida social moderna y en el desarrollo del sistema económico capitalista[8].

Sin embargo, en muchas regiones del mundo el nomenclátor no se limita a cumplir su función de orientación geográfica o espacial (como sucede en el modelo americano). En muchos lugares –yo hablaré en concreto de Europa y más particularmente de España– los nombres de las calles ejercen también una orientación ideológica e identitaria sobre los ciudadanos. No son simplemente mapas físicos, son también *mapas de la identidad, geografías de la memoria.*

Las calles son individualizadas con un nombre que no es meramente neutro o formal sino que tiene un contenido simbólico; porta un significado que, muchas veces, es ajeno al espacio que denomina. Se produce así una sorprendente asociación y un desplazamiento semántico[9], por el cual un espacio destinado a la vivienda y al tráfico, se vincula a un personaje ilustre, a un hecho histórico, a un valor intangible o a una realidad física. Al signo funcional se le reviste de un significado simbólico. Desde entonces, el nombre de la calle ostenta una doble referencia. Por un lado, refiere directamente al espacio que titula. Pero, al mismo tiempo, señala al personaje, al valor, al hecho o al lugar

[8] En el momento en que el sistema socio-económico deja de articularse alrededor de la pequeña escala y de las relaciones de familiaridad, se hace imperiosa la indexación de la ciudad. Cuando el rendimiento y el tiempo se convierten en categorías fundamentales de la vida económica, cuando los habitantes de una población dejan de conocerse y los márgenes del mercado se amplían enormemente, es absolutamente imprescindible racionalizar el espacio, situar perfectamente a las personas y a las instituciones. Cfr. R. S. ROSE-REDWOOD, "Indexing the great ledger of the community: urban house numbering, city directories, and the production of spatial legibility", en *Journal of Historical Geography,* 34, 2008, pp. 286-310.

[9] Maoz AZARYAHU, "The power of commemorative street names", en *Environment and Planning D: Society and Space*, 14, 1996, p. 321.

con el que ha sido ligada. Gracias a este proceso de resemantización[10], un espacio neutro se convierte en un lugar de memoria[11]. Los nombres de las calles devienen anclajes culturales. Frente a la tendencia disgregadora propia de la vida masiva urbana, los nombres de las calles y las estatuas procuran fomentar una identidad común y reunir a los ciudadanos en torno a una memoria colectiva.

El universo toponímico europeo se encuentra estrechamente ligado a la historia. Esto no es una tautología. Un nomenclátor simbólico podría construirse también con nombres de la naturaleza, accidentes físicos o valores universales. Sin embargo, el nomenclátor europeo suele constituirse como un complejo *tapiz de memoria*. Los nombres de las calles –como hilos en un tapiz– configuran una determinada imagen del pasado, que en unas ciudades es más compacta y armónica y en otras más confusa y contradictoria.

Los signos urbanos conforman un texto complejo y amalgamado que proviene –más o menos conscientemente– de la inteligencia y de la acción humana. Se trata, por tanto, de un texto que responde a unas situaciones históricas concretas, a unos imaginarios colectivos, a unas situaciones de dominio y de pugna por la hegemonía en el espacio público. Por ello, la ciudad, como estructura simbólica, refleja las estructuras sociales, políticas y culturales dominantes. "El espacio físico –aquí, en concreto el espacio urbano– es también portador simbólico y expresión de los paradigmas y modelos sociales y culturales, de los elementos de la memoria individual y colectiva y, en fin, de la configuración identitaria vinculada a la memoria"[12].

---

[10] Cfr. José COLMEIRO, *Memoria histórica e identidad cultural. De la posguerra a la postmodernidad,* Barcelona, Anthropos, 2005, p. 17.

[11] Cfr. Pierre NORA (ed.), *Les liéux de mémoire*, III Vols., París, Gallimard, 1984-1992.

[12] Peter STACHEL, *Die Besetzung des öffentlichen Raumes*, p. 15.

El nomenclátor de una ciudad es un *macrotexto peculiar*[13]. En su redacción han intervenido diversas manos en distintos periodos históricos. Tiene varias capas o estratos e incluye múltiples discursos, en ocasiones contradictorios. Podemos considerarlo como un *palimsepsto*[14], en el que se escribe y reescribe constantemente, sin llegar a borrarse nunca del todo lo escrito por los estiletes anteriores. Se trata de un macrotexto con una semántica densa y una sintaxis escasa, aunque también la haya[15]. Un macrotexto elaborado para difundir una narrativa histórica canónica y dibujar así unos marcos identitarios ciudadanos.

4. El nomenclátor, parte integrante de la cultura histórica ciudadana

4.1. La conciencia histórica en la cultura europea.

El nomenclátor conmemorativo, propio (aunque no exclusivo) de los países europeos, encaja sin dificultad en la tradición cultural del viejo continente. La cultura europea ha otorgado habitualmente a la perspectiva histórica un papel importante en la comprensión del mundo. Ya los griegos, aunque más inclinados a la contemplación de las esencias estables, indagaron la realidad atendiendo a la concatenación de causas. La historiografía griega sentó las bases de una aproximación culta y racional al pasado, que serviría de modelo a los historiadores romanos y a la tradición historiográfica europea posterior. Pero, probablemente, el germen más profundo de la conciencia histórica

[13] Cfr. Fernando SANCHEZ MARCOS, "En revenant sur les identités et les noms des rues en Espagne. Le cas de Barcelona", en C. AMALVI (ed.), *Histoire(s), Mémoire(s) et l'Europe. Une passion d'Histoire : hommage au professeur Charles-Olivier Carbonell,* Toulouse, Privat, 2002, pp. 339-49.

[14] Fernando SÁNCHEZ MARCOS y Fernando SÁNCHEZ COSTA, "Identities, Memories and Street Names. Historical Memory in Barcelona, Lima and Manila", en VV.,AA., *New Orientations in Historiography: Regional History and Global History,* Shanghai, En prensa.

[15] Podría decirse que la relevancia y la disposición de las calles en la ciudad supone una cierta sintaxis que ordena y estructura los centenares o miles de nombres de calles (semántica). Así, la importancia de las calles señala una cierta jerarquía y preeminencia en el edificio simbólico del nomenclátor.

europea se encuentre en la Biblia y en la experiencia religiosa judeocristiana. La liturgia judía y cristiana se presenta, muchas veces, como memorial. En realidad, la Biblia (aunque no únicamente) es el recuerdo de la acción salvadora de Dios en la historia. Trata la intervención divina en el tiempo y la progresiva revelación de Yahwe. De hecho, el relato bíblico inaugura la lectura progresiva y teleológica de la historia, ya que presenta a un pueblo hebreo que avanza, a pesar de los retrocesos momentáneos, hacia un estado de plena salvación.

La idea de progreso propia de la Ilustración y del novecientos europeo consistió, en el fondo, en la secularización de la concepción teleológica bíblica. Para los Ilustrados y los positivistas del siglo XIX, el mundo avanzaba también irrevocablemente, pero no se encaminaba hacia un estado metafísico de plenitud, sino hacia una perfección inmanente y mundana. Fue en el siglo XIX cuando el interés occidental por la historia alcanzó su zénit (Historicismo). En un contexto de contínuo cambio político, social y tecnológico, los pensadores tendieron a reducir la realidad a historia, a proceso evolutivo, despojándola de toda estabilidad y entidad metafísica. Para la mentalidad decimonónica romántica, la identidad de cada hombre y de cada pueblo era fruto de su trayectoria histórica.

Fue precisamente en el siglo del historicismo cuando se consolidó en Europa la costumbre de rotular las calles con referencias a la historia nacional. Esta nueva práctica urbana, iniciada en la revolución francesa[16], revela un importante cambio de paradigma en la mentalidad política y social. Hasta entonces, el nomenclátor se había decantado popularmente y solía estar muy vinculado a la propia vida de las calles (a sus iglesias, oficios y habitantes). Los nombres tradicionales no tenían una pretensión propagandística o ideológica, pero indicaban también, de alguna manera, los ejes identitarios de la comunidad. La abundancia de nombres religiosos traslucía, por ejemplo, la importancia que lo espiritual tenía en la vida y en la autocomprensión de la

[16] Para una descripción minuciosa del proceso de politización del nomenclátor en Europa, cfr. Maoz AZARYAHU, "The power of commemorative street names...", pp. 313-6.

comunidad. A partir de la revolución francesa, los nombres de calles adquieren un tinte completamente distinto. Por un lado, son altavoces del sistema político. Pero hasta los que no tienen un cariz político denotan una transformación en los intereses y horizontes sociales (predominan los nombres de escritores, artistas, médicos, etc.). El nuevo nomenclátor refleja una sociedad que se interpreta a sí misma como comunidad política. Una sociedad en la que la vida y los personajes cívicos desplazan –aunque no del todo– a los religiosos.

Al mismo tiempo, la tipología del nomenclátor que prolifera durante el siglo XIX ilustra la relación sinérgica que se produjo entre historicismo y liberalismo político. Para consolidar la nación incipiente y soberana, los liberales se apoyaron en una narrativa histórica de corte patriótico y propulsaron un universo conmemorativo que tenía la finalidad de asegurar la conciencia nacional y promover los nuevos valores cívico-políticos. El relato histórico fue el cemento nacional. No es extraño, por ello, que los ensanches de Barcelona y Madrid, diseñados en la segunda mitad del siglo XIX, siguieran un patrón simbólico tan claramente historicista. A través de los signos que enmarcaban el espacio público (lugar de encuentro y autodefinición de la comunidad política[17]), las autoridades procuraron reforzar una nueva identidad ciudadana, acorde con una concepción liberal y nacionalista, empapada de historicismo romántico.

La idea ilustrada de un progreso humano irrevocable ha quedado gravemente herida tras las tragedias del siglo XX. Pero la mentalidad occidental no ha renunciado a la conciencia histórica adquirida a lo largo de siglos. Y es que, aunque haya podido exagerarse o hipertrofiarse, la conciencia histórica responde al carácter temporal de la vida humana y a la configuración histórica de una parte de la identidad personal.

---

[17] Cfr. Jürgen HABERMAS, *Strukturwandel der Offentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft,* Darmstadt, Luchterhand, 1962.

Pero, ¿qué es la conciencia histórica? Para uno de sus principales teorizadores contemporáneos, el historiador alemán Jörn Rüsen, "historical consciousness includes the mental operations (emotional and cognitive, conscious and unconscious), through which experienced time in the form of memory is used as a means of orientation in everyday life"[18]. La conciencia histórica es la operación mental que capta la temporalidad, sitúa los acontecimientos en su desarrollo temporal y comprende la realidad como fruto de un proceso evolutivo.

Poseer conciencia histórica significa, en primer lugar, percatarse del carácter histórico de la vida humana. Es decir, comprender que el ser humano no es un ser cerrado y completamente dado, sino que tiene una condición plástica que se va concretando y configurando a lo largo de un proceso temporal. El ser humano no es tiempo, pero sí se despliega en el tiempo, se concreta en el tiempo. Su identidad se va forjando a lo largo de su trayectoria vital, va evolucionando al paso de las acciones que realiza y padece, de los conocimientos que aprende y de los contextos que transita. Tener conciencia histórica significa, por tanto, darse cuenta de que la existencia humana se halla en el marco de la temporalidad, que tiene un desarrollo, que en ella hay un antes, un durante un después. Y poseer conciencia histórica implica percatarse de que este desarrollo temporal de la persona humana en particular y de la sociedad en su conjunto no es arbitrario sino que, hasta cierto punto, sigue la lógica de la causalidad; es decir, que el presente es fruto del pasado y, para comprender una situación actual, es necesario remontarse a su génesis, al proceso que ha derivado en ella. La conciencia histórica es, por tanto, la capacidad mental por la que el ser humano capta la temporalidad y entiende su realidad vital desde la perspectiva de la acción desarrollada en el tiempo[19].

---

[18] Jörn RÜSEN: "What is Historical Consciousness? - A Theoretical Approach to Empirical Evidence". Comunicación presentada en el congreso *Canadian Historical Consciousness in an International Context: Theoretical Frameworks*, Vancouver, University of British Columbia, 2001, p. 2.

[19] El carácter histórico de la identidad humana tiene sus límites. En realidad, el propio análisis de la conciencia histórica revela que el sujeto se despliega y concreta en la historia, pero no es sólo historia, trasciende a la

Pero la conciencia histórica no es sólo la comprensión formal de la estructura temporal de la realidad ni es meramente una noción apriorística y ordenadora. La conciencia histórica tiene siempre unos contenidos concretos, se articula en torno a unas narrativas particulares sobre el pasado. "The contents are not independent entities, rather they are the transmitters of significance through which historical consciousness relates the past to the present and the future, in order to fulfill its function of orientation. Meaning and sense are condensed into the contents of historical memories"[20]. Es decir, la conciencia histórica no se limita a recordar al individuo que el tiempo pasa, sino también que en este tiempo pasan cosas concretas que configuran y configurarán su realidad personal.

La memoria es la materia principal de la conciencia histórica, y el recuerdo narrativo es su operación fundamental[21]. En realidad, recuerdo y narración se hallan íntimamente ligados: el contenido de la memoria sólo puede ordenarse e iluminar la actualidad cuando toma forma de narrativa, cuando se presenta de un modo ligado y sistemático. La narrativa es justamente la operación lingüística que hilvana

---

historia. A lo largo de todos los avatares y cambios vitales, la persona se sabe siempre sujeto del proceso histórico y de los cambios que vive. Es siempre *él mismo*, aunque no sea *el mismo*. Hay, por tanto, una *realidad personal* más allá de las plasmaciones circunstanciales.

El carácter narrativo (progresivo y causal) de la identidad humana no niega la libertad, sino que la realza, en cuanto que afirma la responsabilidad individual en la propia autodefinición. Además, el ser humano no es nunca completamente prisionero de su pasado. La libertad se encuentra precisamente en el espacio de engranaje entre el pasado y el futuro. El pasado significa la necesidad, lo que ya no puede ser cambiado, lo que determina la realidad actual. El futuro, en cambio, significa la libertad, la apertura, la potencialidad, lo que está todavía por hacer. Siempre hay un futuro para reorientar la inercia del pasado.

[20] Jörn RÜSEN, "What is Historical Consciousness...", p. 7.

[21] Cfr. Jörn RÜSEN: "Was ist Geschichtskultur? Überlegungen zu einer neuen Art, über Geschichte nachzudenken", en J. RÜSEN, K. FÜSSMAN, H. GRÜTTER (eds.), *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*, Böhlau Verlag, Köln, Weimar, Wien, 1994, pp. 1-26.

con sentido y coherencia los hechos, relacionándolos como momentos efectivos de un conjunto. Pero el recuerdo narrativo no es una acción completamente transparente, una repetición exacta de las vivencias pasadas. El ordenamiento narrativo que se hace del pasado se realiza siempre desde los horizontes del presente. En el sujeto, pasado, presente y futuro están mucho más imbricados de lo que podría parecer. El pasado influye en el futuro, en cuanto que condiciona las posibilidades de acción y conforma la identidad narrativa del sujeto. Pero el futuro incide también en el pasado, porque los horizontes de espera son la clave hermenéutica con la que el sujeto lee su trayectoria pasada. La conciencia histórica, que se articula a través del recuerdo narrativo, es un diálogo constante entre pasado, presente y futuro.

4.2. La conciencia histórica se teje siempre en una cultura histórica

Un análisis fenomenológico simple revela enseguida que la conciencia histórica del sujeto no se limita en absoluto a los límites temporales de su experiencia. En efecto, un español actual mínimamente culto puede saber que César fue Emperador de Roma, las patatas procedieron de América y en 1936 estalló la Guerra Civil. Todo ello ha pasado a formar parte de su conocimiento del pasado, de su memoria. Se trata, sin embargo, de una memoria no vivida, vicaria, que le ha sido transmitida. El sujeto sabe que estos hechos pretéritos definen también su realidad actual y configuran parte de su identidad. Para comprenderse, al sujeto no le basta con recordar su propia biografía, sino que debe conocer también la historia de su comunidad. Claro que para ello deberá acudir a los relatos históricos que su cultura, nación o familia ha ido conservando y acrisolando. De este modo, la memoria personal se entrevera con la memoria colectiva. En la autocomprensión identitaria del sujeto se entrelazan las historias personales vividas con la historia comunal contada.

Fue una reflexión parecida a la que venimos haciendo la que estuvo en la génesis del concepto de *cultura histórica*. Durante los años 60 y 70 apareció en Alemania un nuevo ámbito de estudio: la didáctica de la historia, que indagó el funcionamiento de la conciencia histó-

rica y de su realidad empírica en la sociedad, al mismo tiempo que proponía formas adecuadas de ampliarla y corregirla[22]. Como su nombre sugería, la didáctica de la historia focalizó su interés en la enseñanza curricular de la historia. ¿Cuál era el mejor modo de fomentar en los estudiantes el desarrollo de una conciencia histórica rica y crítica?

Sin embargo, a finales de los 70 la cuestión rebasó el círculo escolar. Los investigadores se percataron de que la conciencia histórica no sólo se moldeaba en los colegios. En su configuración intervenían también, en mayor o menor medida, el cine, la novela, los medios de comunicación, los museos, los discursos políticos, los relatos familiares, los monumentos, los nombres de calles, etc. Era indudable, por ejemplo, que una película o una novela popular sobre Roma podían ejercer mayor influencia en el imaginario social sobre la época romana que varias lecciones en la escuela. Por ello, surgió una nueva categoría (la *cultura histórica*), con la que se definía este *humus* en el que se conformaba la conciencia histórica de los ciudadanos.

La cultura es el modo en que una sociedad interpreta, transmite y transforma la realidad. *La cultura histórica es el modo concreto y peculiar en que una sociedad se relaciona con su pasado.* "Historical culture refers to people's relationships to the past at a variety of levels and the manner in which these relationships are articulated in a broad array of narratives, media, ideologies and attitudes"[23]. *Con la categoría de cultura histórica definimos, por tanto, el conjunto de recursos, discursos y prácticas sociales a través de las cuales los miembros de una comunidad interpretan, transmiten, objetivan y transforman su pasado.*

---

[22] Para la génesis del concepto de cultura histórica, cfr. Bernd SCHÖNEMAN, "Geschichtsdidaktik, Geschichtskultur, Geschichtswissenschaft", en H. GÜNTHER-ARNDT, *Geschichtsdidaktik. Praxishandbuch für die Sekundarstufe I und II*, Berlin, Cornelsen Verlag, 2003, pp. 11-22.

[23] Maria GREVER, "The Gender of Patrimonial Pride", en S. WIERINGA (ed.), *Traveling Heritages. New Perspectives on Collecting, Preserving and Sharing Women's History,* Amsterdam, Aksant, 2008, p. 287.

Al estudiar la cultura histórica indagamos la elaboración social de la experiencia histórica. Para acceder al pasado, debemos representarlo, hacerlo presente a través de una reelaboración sintética y creativa. Pero la elaboración de la experiencia histórica y su uso en el presente se enmarca siempre dentro de unas prácticas sociales de interpretación y reproducción de la historia. La conciencia histórica de cada individuo se teje, pues, en el seno de un *sistema socio-comunicativo de interpretación, objetivación y uso público del pasado*, es decir, en el seno de una cultura histórica.

La práctica social de transmisión y recuerdo del pasado toma la forma de un sistema o de una red socio-comunicativa (con una organización y una infraestructura propia). El análisis comunicativo, me parece, por tanto, la clave para entender los procesos por los que se difunde y discute en una sociedad una determinada interpretación de la historia. En toda acción comunicativa se dan cuatro elementos o agentes principales, que son también la base de la cultura histórica. *La acción comunicativa incluye un emisor, un mensaje, un medio y un receptor*. El estudio de la cultura histórica, de la elaboración social de la experiencia histórica a través de unas determinadas herramientas culturales, debe atender a estos cuatro factores.

4.3. El nomenclátor, parte integrante de la cultura histórica

La cultura histórica es, por tanto, el modo peculiar que tiene una sociedad de entender la temporalidad y de abordar su pasado, interpretarlo, objetivarlo y transmitirlo. Es decir, con el término cultura histórica designamos el modo particular que tiene un grupo social de reelaborar la experiencia del pasado; reelaboración que tiene como objetivo convertir el recuerdo histórico compartido en un vector valioso y orientador en las circunstancias del presente.

La cultura histórica se articula como sistema sociocomunicativo de transmisión y discusión de interpretaciones históricas. Como ha apuntado Maria Grever, esta dinámica cultural puede ser analizada

desde dos facetas distintas: infrastructura y contenidos[24]. En cuanto que sistema comunicativo, tiene una infrastructura, se sustenta en unos agentes que la promueven (particulares o institucionales) y en unos medios que la posibilitan y objetivan (estatuas, libros, películas, etc.). Pero no es sólo una red cognitiva vacía. En toda cultura histórica encontramos también unos contenidos y unos mensajes que se transmiten. Son ellos los que la hacen significativa y eficaz en la vida social.

Pero, ¿cuál es la relación entre la cultura histórica y nomenclátor? ¿Qué sinergias podemos encontrar entre las investigaciones sobre los nombres de calles y las de la cultura histórica? Después de la definición propuesta, parece evidente que el nomenclátor de una ciudad (red simbólica de contenidos históricos) forma parte de su cultura histórica. El nomenclátor es uno de los medios a través de los cuales el ciudadano forja su conciencia histórica, la sociedad elabora y objetiva su experiencia histórica y las élites difunden unos determinados paradigmas de interpretación histórica. Por ello, los nombres de las calles pueden ser estudiados desde las categorías analíticas propias de la cultura histórica[25].

4.4. Infraestructura de la cultura histórica

Antes de pasar al estudio de los mapas de la memoria de Barcelona y Madrid, querría ahondar un poco más en el análisis genérico de los elementos que juegan un papel importante en la construcción de toda cultura histórica, entendiendo que esta es un complejo proceso comunicativo (y, por tanto, exige unos emisores, unos mensajes, unos medio y unos receptores).

---

[24] Cfr. Maria GREVER, "The Gender of Patrimonial Pride", p. 288.

[25] La cultura histórica no es un sistema monolítico y unidireccional de interpretación del pasado. Más bien es una red de diálogo social sobre el mismo. Los nombres de las calles posibilitan y canalizan esta discusión pública sobre la historia, como queda patente en los debates en torno a las denominaciones. Al final, sin embargo, el nomenclátor vigente en un momento dado acaba denotando la narrativa histórica canónica imperante.

El primer pilar del edificio de la cultura histórica son los emisores o *configuradores*. Todas las personas viven la experiencia histórica, pero sólo algunos particulares e instituciones la elaboran y transmiten masivamente. Entre ellos, se cuentan los profesionales de la historia, historiadores y profesores, que abordan el pasado desde una perspectiva académica y cognitiva. Tanto o más que ellos inciden los cineastas o los novelistas. También la familia y las instituciones religiosas transmiten, en su esfera, memorias particulares. Sin embargo, en la sociedad contemporánea quien tiene un mayor control sobre el telar de la conciencia histórica es el Estado. A la autoridad política le interesa promover una determinada narrativa de interpretación histórica, ya que este relato histórico canónico es capital en la autocomprensión de la sociedad, en la definición de sus límites y en el establecimiento de horizontes compartidos de futuro. En realidad, dominar el pasado significa poseer el futuro.

Los agentes configuradores de la memoria colectiva difunden unos mensajes concretos. Los *contenidos* (mensajes) que se representan y extienden son la piedra angular de la cultura histórica. Todo el proceso se orienta a esta transmisión. Pero para comprender correctamente los mensajes, es necesario estudiarlos en su contexto, en relación a los otros elementos de la cultura histórica (emisores, medios de expresión y receptores) y en relación a la situación histórica peculiar en que se enuncian y reciben. Hay que atender también a las otras narrativas que pueblan el espacio público, ya que, en muchas ocasiones, los discursos tienen carácter –consciente o inconciente– de respuestas y réplicas[26].

El tercer elemento de la cultura histórica son los *medios,* que, con sus posibilidades y límites, condicionan el mensaje. Medio y mensaje son como materia y forma. Únicamente es posible encontrar y conservar el mensaje si este se ha mediatizado, objetivado, encarnado. Los medios son tan plurales –o más– como los agentes. Hallamos libros de textos, nombres de calles, estatuas, novelas, películas, páginas

[26] Cfr. James V. WERTSCH, *Voices of Collective Remembering,* Cambridge, Cambridge University Press, 2007, 2ª ed., pp. 59-60.

web, conferencias, cuadros, etc. Cabe decir que el medio no está siempre completamente subordinado al mensaje, sino que puede tener una cierta autonomía. La sintaxis se ordena a la semántica, pero también puede tener una cierta finalidad en sí misma, en cuanto forma bella u original. En ciertos casos, como puede suceder en monumentos conmemorativos urbanos, la forma acaba eclipsando al fondo.

Finalmente, un estudio sobre la cultura histórica no debería olvidar la *recepción*. Esta fase suele obviarse, entre otras cosas porque es compleja de calibrar. Pero si atendemos a la teoría hermenéutica y a la misma naturaleza de la conmemoración pública, nos percataremos de que se trata de un elemento imprescindible. El significado de un texto no está totalmente cerrado por la intención del autor o por la objetividad de lo escrito, sino que adquiere su significado definitivo cuando es leído e interpretado por el lector (momento en que se funden todos los horizontes que el texto atrae)[27]. Es bastante habitual que los ciudadanos no comprendan los símbolos conmemorativos o los entiendan de un modo distinto al previsto por el autor[28]. Si la finalidad de los medios de la memoria pública es difundir un determinado mensaje histórico, parece obligado estudiar hasta qué punto y de qué manera han sido eficaces o inútiles.

5. Los nombres de calles de Barcelona y Madrid

Al principio del artículo se anunciaba que este texto tenía, sobre todo, una pretensión teórica y metodológica. Sin embargo, no renuncio a ensayar una breve aplicación práctica del enfoque teórico-metodológico propuesto. En concreto, exploraré brevemente los nomenclátores actuales de Barcelona y Madrid. Para ello me basaré en el análisis de nombres de las 216 calles más transitadas de Barcelona y las

[27] Cfr. Paul RICOEUR, "Life in Quest of Narrative", en David WOOD, (ed.), *On Paul Ricoeur. Narrative and Interpretation,* New York, Routledge, 1991, pp. 20-33.

[28] Cfr. John BODNAR, *Remaking America. Public Memory, Commemoration and Patriotism in the twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1994.

236 de igual rango en Madrid[29]. Los datos porcentuales que expondré a continuación se basan en mediciones sobre este corpus limitado pero suficientemente significativo, que he analizado categorialmente en una base de datos.

He elegido las calles más transitadas porque se trata de un criterio neutro. Además, incorpora habitualmente las calles más importantes y conocidas de la ciudad y engloba en la muestra a calles de distintas zonas y distritos. La constricción más destacable de este método es que deja de lado algunas calles populares de los centros históricos (normalmente peatonales o estrechas). Pero dado que el objeto principal del estudio es el nomenclátor contemporáneo, este criterio metodológico parece especialmente adecuado, ya que selecciona normalmente las calles de los ensanches decimonónicos y las áreas construidas durante el siglo XX.

5.1. Los configuradores: los amanuenses de la memoria urbana

¿Quiénes han sido, a lo largo de los últimos 150 años, los escritores de los macrotextos onomásticos urbanos? La respuesta es nítida aunque no exclusiva: los Ayuntamientos. La autoridad municipal ha sido la responsable última del mapa toponímico de la capital de España y de la Ciudad Condal. Durante los siglos XIX y XX, pueden observarse en las dos ciudades procesos similares de racionalización urbanística y de significación política del espacio ciudadano, unidos a un dominio creciente del poder municipal sobre el espacio público. Estas tendencias se enmarcan en la extendida concepción de que el poder político (como síntesis y expresión de la ciudadanía) es el gestor y propietario vicario del espacio público.

Unas páginas atrás se ha señalado que la vida económica y social moderna exigía un espacio racionalizado. Esta racionalización im-

[29] Para la elección de las calles con más tráfico en Madrid, me he basado en el Estudio de Intensidad Media de Tráfico, año 2006, elaborado por el Ayuntamiento de Madrid. En Barcelona, me he servido del Plano de la Red Viaria Básica aprobado por el Ayuntamiento de Barcelona en 2006.

plicaba, por un lado, un diseño urbanístico ordenado y cartesiano (paradigmáticamente representado en los Ensanches ortogonales del XIX). Por otro lado, la racionalización del espacio urbano demandaba también la indexación de la ciudad, la numeración de las casas y la denominación clara de las calles. Junto a este proceso de racionalización, las autoridades políticas procuraron también una politización del espacio público, entendido como el lugar donde la nación interactuaba y se conformaba. Debía ser, al mismo tiempo, el espacio donde tomara conciencia de su carácter nacional y unitario. En este contexto, los ayuntamientos pugnaron por monopolizar la semantización del espacio urbano, de tal manera que, a través de la nueva rotulación simbólica (banderas, nombres de calles, estatuas conmemorativas), el espacio público llegara a ser un lugar de difusión de la identidad y de los principios cívicos del nuevo sistema liberal-nacional.

Según el historiador madrileño Aparisi Laporta, la primera decisión toponímica del Ayuntamiento madrileño se remonta a 1812[30]. En 1834, el Consistorio nombró una comisión para estudiar y reformar los nombres de las calles y la numeración de las casas. El informe solicitaba la supresión de nombres duplicados, dado que la confusión que provocaba repercutía "con perjuicio de la economía del tiempo, que es de incalculable precio en las grandes poblaciones para la más fácil expedición de los negocios". Además, se pedía la retirada de los nombres "malsonantes y chocarreros"[31]. El mismo año en que se aprobaron los proyectos de ensanche de Barcelona y Madrid (1860), el Ministerio de Gobernación publicó un Real Decreto ordenando, en toda España, las normas para nombrar calles y numerar casas. En él, se consolidaba el dominio municipal sobre el texto urbano: "De la rotulación de las calles, numeración de casas, edificios y viviendas, y de la anotación de las variaciones sucesivas, cuidará el Alcalde o el Regidor que el mismo bajo su responsabilidad delegare al efecto"[32]. Aparisi Laporta ha recopilado en su monumental obra *Toponimia Madrileña,*

---

[30] Cfr. Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia madrileña: proceso evolutivo*, Madrid, Gerencia Municipal de Urbanismo, 2001.

[31] *Ibídem.*

[32] *Ibídem.*

proceso evolutivo, todas las disposiciones y ordenanzas muncipales que, a lo largo de los dos últimos siglos, el Ayuntamiento de la Villa ha dedicado a los nombres de las calles[33].

Un expediente del año 1850 revela cómo el Ayuntamiento de Barcelona tenía clara entonces su competencia en la denominación de calles y quería utilizarla en la promoción de una determinada memoria urbana. "Para su denominación [de un grupo de calles], ha creído oportuno esta sección escoger nombres que la historia tiempo hace ha legado al aprecio de los catalanes y cuya significación es grata a todo corazón honrado"[34]. Durante los últimos 150 años, se han sucedido diversas comisiones municipales encargadas de proponer y revisar los nombres de las calles (fueron creadas comisiones especiales durante la dictadura de Primo de Rivera, al advenir la República, al empezar la Dictadura de Franco y al recuperarse la Democracia).

Pero quizá el punto más interesante y peculiar en la configuración del nomenclátor barcelonés es que una parte significativa del mismo fue ideado por una sola persona: Víctor Balaguer. Político progresista, hermano masón, literato romántico, propulsor de la Renaixença, ministro en el Gobierno de España y defensor de la cultura catalana, este historiador convirtió el Ensanche de Barcelona en un lugar de memoria de las Glorias Catalanas[35]. El Ayuntamiento le encargó la propuesta onomástica para todas las calles del Ensanche. Sobre el mapa de la Barcelona moderna, Balaguer evocó los territorios de la

---

[33] *Ibídem*

[34] Arxiu Administratiu Municipal de Barcelona, Expediente 2.769, Año 1850.

[35] En el plano de Cerdà, el nuevo centro de Barcelona (la plaza donde convergían la Diagonal, la Gran Vía y la Meridiana) debía llamarse Plaza de las Glorias Catalanas. El mismo Víctor Balaguer explicaba que con su propuesta pretendía recordar "algunos de los grandes hechos de valor, de nobleza, de virtud, de abnegación y patriotismo que por cierto abundan en nuestra historia y pueden presentarse como ejemplo y como modelo a generaciones posteriores". Escrito de Balaguer dirigido al consistorio y publicado en Stéphane MICHONNEAU, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites,* Barcelona, Eumo Editorial, 2002, p. 44.

Corona de Aragón y homenajeó a las grandes figuras culturales y políticas de la Catalunya Medieval y Moderna. De este modo, el historiador y político liberal ancló la ciudad moderna y pujante en la tradición secular catalana.

Para comprender la propuesta de Balaguer (que incorpora también secuencias de la Guerra de la Independencia) debemos tener en cuenta su doble faceta de historiador romántico y de pensador liberal. De acuerdo al tono romántico de la Renaixença, Balaguer pretendía reencontrar la identidad catalana en el espejo de la historia. Pero el ideólogo del Eixample no sostenía una interpretación conservadora de la misma. Para Balaguer, la estructura política medieval catalana (de raigambre pactista) debía entenderse como un anticipo del sistema constitucional liberal. Los levantamientos catalanes Modernos podían ser explicados como intentos heroicos de defender las libertades políticas frente a las pretensiones absolutistas. "La historia de Catalunya es también, no hay que dudarlo, la historia de la libertad en España"[36]. En su producción historiográfica, Balaguer reivindicó la peculiaridad de Catalunya, entendida como comunidad patria, y su carácter vector en la construcción de un estado español liberal[37].

A pesar del progresivo control político sobre el mapa urbano de memoria, cabe decir que los ayuntamientos no han sido sus únicos autores. En primer lugar, porque muchas calles de los centros históricos ostentaban ya nombres populares antiguos. En segundo lugar, porque en ambas ciudades el Municipio permitió que los propietarios bautizaran libremente las calles que ellos mismos abrieran en sus terrenos (aunque el Ayuntamiento se reservaba la aprobación final). No fue una práctica infrecuente. Hay muchas calles secundarias, pero también algunas importantes (como la de Ganduxer en Barcelona), cuyo nombre reproduce el apellido de un particular. Por último, las comisiones encargadas de nomenclátor han mantenido –en mayor o menor medida– un cierto diálogo con los vecinos y las organizaciones civiles.

---

[36] Stéphane MICHONNEAU, *Barcelona: memòria i identitat...*, p. 48.
[37] Cfr. *Ibídem*.

5.2. El medio: colores y transparencias

Para ser eficaces socialmente, las memorias tienen que materializarse. Deben conservarse y expresarse a través de unos medios físicos. El contenido de conciencia, el discurso de memoria, debe hacerse piedra, letra, imagen. El nomenclátor es uno de los medios de la cultura histórica europea: un medio escrito con proyección pública y cuya concreción material ha ido variando a lo largo del tiempo. La disposición de los rótulos, en cambio, se ha mantenido estable. Ya en 1833, el Arquitecto Mayor de Madrid, Jaime de Mariategui, proponía colocar los rótulos de las calles "en las entradas y salidas de las mismas, repartidos en ambas aceras"[38].

La materia del rótulo sí ha sufrido modificaciones, utilizándose, por ejemplo, el azulejo, la cerámica, el mármol y el plástico. También el formato de la inscripción ha vivido algunas variaciones. Durante algunos periodos, los rótulos de ciertas calles principales se han decorado con dibujos. Otras veces, como actualmente, se ha añadido un comentario escueto para explicar quién fue el personaje que da nombre a una calle.

En muchas ocasiones, han coexistido diversas tipologías de rótulos. Durante la Segunda República, por ejemplo, el Ayuntamiento de Barcelona fue mucho más eficiente a la hora de acordar cambios de nombres que a la hora de sustituir los letreros antiguos. La transformación sustantiva del nomenclátor que pretendía el Ayuntamiento tenía un elevado coste económico. El 15 de septiembre de 1931, el Consistorio convocó un concurso de fabricación de mil nuevas placas. Los rótulos podían ser de mármol, plancha de hierro o aluminio duro. Al concurso se presentaron proyectos curiosos e ingeniosos. Emilio Otero, por ejemplo, vio la oportunidad de llevar a cabo una jugada publicística. Se ofreció para producir y retirar gratuitamente las placas, a condición de que el Ayuntamiento le permitiera anunciar en las mis-

[38] Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia madrileña: proceso evolutivo...*, 2001.

mas los nombres de algunos vecinos ilustres que vivían en la vía[39]. Joan Torrededía presentó un prototipo de placa "con letras fosforescentes"[40]. En la misma línea andaba la propuesta de Fritz Pichowski que propugnaba un nuevo sistema de rotulación "protegido por patente", en el que la iluminación del rótulo "se efectúa por medio de una pequeña bombilla que gasta muy poca corriente, cuyo efecto se aumenta por la construcción especial de un reflector en forma de curva en el fondo del letrero"[41]. Finalmente, el Ayuntamiento se inclinó por un modelo más conservador.

Más allá de la materialidad de la placa, querría destacar dos características particulares de este medio de la memoria pública. En primer lugar, su cotidianidad, discreción y naturalidad. Los nombres de calles se integran tan estrechamente con el mapa urbano que pueden perder su carácter conmemorativo explícito. De algún modo, se vuelven transparentes y se solapan completamente con la realidad física que describen. Al nombrar una calle, pocos ciudadanos se detienen en el personaje referido; su pensamiento se dirige directamente al espacio apuntado. Podemos interpretar este hecho de dos maneras. Por un lado, podríamos concluir que los nombres de las calles raramente ejercen su papel de lugares de memoria y, por tanto, son símbolos conmemorativos fallidos o ineficaces. Pero, por otro lado, podría argüirse, como hace Maoz Azaryahu, que el nomenclátor ejerce precisamente su influencia en cuanto actúa incoscientemente y en cuanto funde con el paisaje urbano unos mitos y unos relatos histórico-identitarios, convirtiéndolos en naturales y evidentes[42]. Volveremos sobre ello más tarde.

---

[39] Cfr. Carta de Emilio Otero Vigo al Ayuntamiento. Arxiu Administratiu Municipal de Barcelona, Sèrie Q109. Caixa 6. Sig. 22433, Expedient 17.

[40] Proposta de Joan Torrededía Riera. Arxiu Administratiu Municipal de Barcelona, Sèrie Q109. Caixa 6. Sig. 22433, Expedient 17.

[41] Proposta de Fritz Pichowski. Arxiu Adm. de Barcelona, Sèrie Q109. Caixa 6. Sig. 22433, Exp. 17.

[42] Maoz AZARYAHU, "The power of commemorative street names", p. 318.

Curiosamente, estos signos que habitualmente pasan desapercibidos suelen ocupar el centro de atención en los momentos de conflicto. Entonces, dejan de ser transparentes y retoman su color ideológico. Cuando se produce un cambio de régimen, algunos ciudadanos se atreven a arrancar los nombres antiguos y las nuevas autoridades se ocupan pronto de cambiar ostentosamente algunas denominaciones significativas. Se trata, en el fondo, de un sencillo acto de propaganda. "In a revolutionary context, the renaming of streets (...) is an act of political propaganda with immense proclamative value and public resonance. The act of renaming asserts that a radical restructuring of power relations in society has indeed been accomplished, or is underway, and indicates a profound reconstruction of social and political institutions"[43].

5.3. El mensaje: diferencias en las narrativas histórico-identitarias

El conjunto de nombres de calles de una ciudad es una red sígnica que, además de orientar en el espacio, pretende transmitir algunos mensajes y contenidos simbólicos concretos. En los próximos párrafos intentaré iniciar una deconstrucción de los nomenclátores de Barcelona y Madrid a fin de esclarecer los trazos memorísticos e identitarios que contienen y difunden.

En primer lugar, sin embargo, hay que destacar la sorprendente similitud formal que presentan. Los macrotextos de memoria de Madrid y Barcelona comparten en alto grado la estructura formal. Ello no implica que los mensajes enunciados sean iguales semánticamente pero sí que tienen una sintaxis parecida, un mismo esquema memorístico. Las dos ciudades siguen un mismo patrón formal a la hora de institucionalizar la memoria y la identidad social a través del nomenclátor. En ambos casos, hay un indiscutible predominio de los personajes históricos. En Madrid, el 56% de los nombres de las calles remite a una figura histórica. En Barcelona, éstas suponen el 48%. Podemos hablar, por tanto, de una memoria personalista, que se articula alrededor del recuerdo de figuras individuales. La memoria, más vivencial y

[43] *Ibíd.*, p. 317.

existencial que la historia, respira mejor en la concreción encarnada de los personajes históricos que en referencias a categorías abstractas, estructuras socio-económicas o instituciones (los nombres de instituciones no alcanzan el 2% en Barcelona y el 0,5% en Madrid).

Tras los personajes históricos, las dos ciudades apelan a la geografía. En la ciudad condal, el 26% de las calles ostenta el nombre de una región o de un lugar con entidad política. En Madrid, la geografía política significa el 22,5%. Del mismo modo en que los paisajes forman parte del alma individual, también los territorios parecen formar parte del universo mental y sentimental de los pueblos y las naciones. A estos datos de la geografía política hay que añadir los de la geografía física (calles que llevan el nombre de elementos naturales, accidentes geográficos o figuras geométricas). Estos nombres, de corte neutro, suponen un 16% en Barcelona y un 12% en Madrid. Los valores o evocaciones abstractas significan el 6% de las calles de la ciudad condal y el 7% de las vías capitalinas[44].

La similitud en la forma no implica, sin embargo, la identidad en el fondo. De hecho, los mapas de la memoria de Barcelona y Madrid presentan diferencias notables. Podrían reseñarse muchas de ellas[45], pero el objetivo del trabajo no es analizar con detenimiento ambos nomenclátores. Me limitaré a apuntar algunas Encontramos las primeras al analizar la geografía de la memoria de los dos mapas urbanos. El recuerdo tiene también sus geografías, aquellas zonas que

[44] Estos valores son variopintos. En Barcelona, descuellan los referidos a la actividad científica y económica (Ciencias, Comercio, Minería, Trabajo, Matemáticas), así como los que remiten a la identidad catalana (Estatut, Onze de Septembre) y a la Monarquía (Borbón, Príncipe de Asturias). En Madrid, predominan los valores políticos (Independencia, Democracia, Victoria), religiosos (Corazón de María, Sagrados Corazones) y culturales (Ilustración, Hispanidad), y encuentran también resonancias los monárquicos (Princesa).

[45] Los datos que a continuación expondré –y los que no presentaré por falta de espacio– se encuentran en la tesina que realicé en el año 2008, titulada *Memorias colectivas y paradigmas identitarios en el nomenclátor urbano español*, y que fue defendida en la Universitat Internacional de Catalunya.

visita con más frecuencia. Me limitaré esta vez a contrastar las referencias toponímicas extra-españolas. En Barcelona, un 27% de las calles que señalan un espacio geográfico-político se refieren al ámbito europeo, mientras que un 9% apuntan a América. En Madrid, en cambio, sólo un 9% de las calles recuerda a Europa, mientras un 23% remite a América. La memoria se proyecta en direcciones contrarias, de acuerdo a las zonas de proyección histórica de ambas ciudades. Barcelona, que cuenta entre sus páginas más ilustres con el dominio medieval del Mediterráneo, se abre hacia Europa y el Mar del Medio. Apartada, en cambio, de la secular exclusiva castellana sobre las indias, difumina el recuerdo americano. Las Indias fueron la joya de la Monarquía Hispánica, con capital en Madrid. En sus calles, la Villa remacha el vínculo con el Nuevo Mundo y recuerda que América ha sido y es parte sustancial de la historia, del imaginario y de la identidad española.

En sintonía con estos datos, encontramos también diferencias notables en el *tiempo de la memoria*, aunque en este caso hallamos también similitudes destacables. Barcelona y Madrid comparten un nomenclátor presentista, centrado en el recuerdo de hechos y figuras contemporáneas. Más de dos tercios (67%) de los nombres urbanos madrileños que pueden ser encuadrados temporalmente se refieren a la época contemporánea. En Barcelona, el recuerdo de los siglos XIX y XX supone un 59%. Ninguna ciudad, por tanto, construye su identidad sobre un pasado inmemorial y mítico, aunque Barcelona tiende algo más a remontarse en el tiempo.

El periodo antiguo despierta una llamativa indiferencia. Barcelona y Madrid sólo dedican un 6% de sus calles a la conmemoración de la época romana o preromana (y la mayoría de estos nombres se circunscriben a la memoria cristiana). Pero quizá más sorprendente es el completo silencio, en las principales calles de la ciudad, alrededor del periodo visigótico y musulmán. El Reino Visigodo y Al'Andalus quedan al margen de los ejes narrativos sobre los que Barcelona y Madrid dibujan sus círculos identitarios.

Como era de esperar, Barcelona dedica una atención destacada a la época medieval (19%). Madrid, en cambio, la esquina (este periodo supone sólo un 7,5%, y tiene un tono principalmente eclesiástico).

El discurso toponímico madrileño es antes español que castellano, ya que arranca verdaderamente en la época Moderna y, en cambio, no hace suya la historia del reino medieval de Castilla. El 21% de las calles madrileñas que tienen dimensión temporal se refiere al periodo Moderno. Cabe recordar que Madrid alcanza el rango de ciudad importante en 1561, cuando Felipe II decide convertir la Villa en Corte y Capital.

En Barcelona, el recuerdo toponímico de la Edad Moderna es todavía más alto (23%). Es interesante diseccionar la memoria Moderna de la Ciudad Condal porque en ella se cristalizan con nitidez dos discursos que se entrecruzan a lo largo y ancho del nomenclátor. Por un lado, las calles que se refieren a la Época Moderna homenajean a los líderes de las rebeliones frente al poder central (Fontanella, Bac de Roda, Pau Clarís, Casanovas, etc.). Pero, al mismo tiempo, otras vías ensalzan a grandes personajes y conmemoran eventos brillantes de la Monarquía Católica (Felipe II, Juan de Austria, Lepanto, Garcilaso, Carlos III). El macro-texto de memoria barcelonés acoge estas dos perspectivas: una, que refuerza la peculiaridad catalana y su historia propia; otra, que inscribe la trayectoria catalana dentro del proyecto español y se identifica con él. La riqueza y la tensión identitaria que vive Barcelona queda patente en el mapa urbano[46].

Finalizaremos estas notas escuetas sobre el contenido de los nomenclátores de Barcelona y Madrid explorando los personajes históricos que se conmemoran en ambas ciudades. Como ya se ha indicado antes, se trata de la categoría predominante. Las figuras históricas copan alrededor de la mitad de los nombres de las calles. De nuevo,

[46] El discurso histórico-identitario centrado en Catalunya y caracterizado por un tono catalanista domina las vías principales de la ciudad. La narrativa que incluye la perspectiva española está también muy difundido, aunque tiene una visibilidad menor porque rotula calles secundarias. El relato de perspectiva catalana se ha promovido particularmente en los últimos 30 años (aunque, como hemos visto, es también propio de la segunda mitad del siglo XIX). El relato español se difundió especialmente durante el Franquismo y la Dictadura de Primo de Rivera (aunque durante la época de Primo de Rivera se impusieron también nombres de ilustres catalanes).

volvemos a encontrar una estructuración similar de la memoria pública. En las dos ciudades se observa una hegemonía de los personajes de la sociedad civil (45% en Barcelona y 40% en Madrid), por encima de los políticos (19% y 23,5% respectivamente) y los eclesiásticos (17% y 20%). Los militares alcanzan una relevancia idéntica en las dos ciudades (12,5%). También comparten relevancia los personajes regios, que se sitúan en torno al 8%.

El discurso conmemorativo de ambas ciudades descansa, ante todo, sobre el mundo de las letras, las artes y las ciencias. El tapiz memorístico-identitario no es exclusiva ni principalmente político[47]. No es extraño. El recuerdo de las figuras de la sociedad civil es más amable y, sobre todo, no suele provocar rechazos ni dividir a los ciudadanos. Fueran cuales fueren las ideas de escritores, pintores o médicos, todos pueden reconocer su pericia formal o su contribución científica al progreso social. Las dos ciudades priman la memoria de periodistas y escritores. Este dato corrobora que la cultura política y civil española se configuró durante todo el siglo XIX y buena parte del XX alrededor de la imprenta y la prensa.

Los tonos de la memoria política en Barcelona y Madrid son claramente divergentes. Lo que une a la mayor parte de los políticos madrileños recordados –por encima de sus discrepancias y disputas ideológicas– es su contribución a una España liberal, constitucional y Monárquica (el ensanche madrileño fue rotulado con los nombres de los grandes políticos del liberalismo decimonónico español). Lo que aúna a los barceloneses –a pesar de sus diferencias de época y clase– es el compromiso con el autogobierno catalán. Por otro lado, en Barcelona ha sido casi completamente desmantelado el recuerdo de personajes y valores del régimen de Franco, mientras que en Madrid se conservan algunas referencias.

---

[47] Hay otras ciudades en que los personajes políticos tienen la primacía. En Lima, por ejemplo, significan el 41%, mientras en Manila alcanzan el 56%. Cfr. F. SÁNCHEZ MARCOS y F. SÁNCHEZ COSTA, "Identities, Memories and Street Names...".

5.4. La recepción: indiferencia, creatividad y crítica

El nomenclátor de una ciudad es mucho más que un conjunto de lápidas que orienta geográficamente a los ciudadanos. El nomenclátor es un acto comunicativo de larga duración, que acumula estratos sucesivos, enuncia mensajes plurales y pone en juego a diversos agentes. Ahora bien, los actos comunicativos son, en cierto modo, como esos dibujos que, al principio, se presentan solamente como un conjunto de puntos, que el dibujante debe unir. Hasta que no se han acabado de enlazar todos los puntos, no se ve del todo la forma que las manchas inconexas amagan. Del mismo modo, el acto comunicativo no se realiza del todo, ni toma su forma definitiva, hasta que el círculo de la comunicación se cierra en el último de sus puntos cardinales: la recepción interpretativa (comprensiva y creativa). En este sentido, Paul Ricoeur ha afirmado que "the sense of the significance of a narrative stems from the intersection of the *world of the text and the world of the reader*. The act of reading thus becomes the critical moment of the entire analysis"[48].

Pero, ¿llega en algún momento a cerrarse el círculo comunicativo del nomenclátor? Y si lo hace, ¿en qué manera? ¿Captan realmente los ciudadanos el mensaje que los configuradores del mapa urbano habían pretendido? Si queremos ser honestos, debemos reconocer que, en la gran mayoría de ocasiones, el ciudadano no asume el mensaje histórico e ideológico que subyace al nombre de una calle. Es más bien la realidad vital de la calle la que acaba coloreando y resignificando al personaje histórico conmemorado. Y es que el espacio físico queda unido a un personaje, pero el personaje queda vinculado también a ese espacio físico concreto, y a lo que en él sucede[49]. Así, Cánovas, Lepanto o Francesc Macià pueden ser referencias que, en el imaginario ciudadano, además de identificar una figura ilustre, señalan también una zona de ocio, un espacio degradado, un gimnasio o un

[48] Paul RICOEUR, "Life in Quest of Narrative", p. 26.

[49] Cfr. Maoz AZARYAHU, "Addressing History: Street Names and Iconography", in *Encyclopedia of Human Geography*, 2009.

punto de encuentro. La realidad simbólica y la realidad física se entreveran y confunden, dando lugar a relaciones curiosas e inesperadas.

Sería interesante realizar un estudio estadístico sobre el grado de eficacia transmisora del nomenclátor. Está claro que pretende influir en la conciencia histórica de la ciudadanía. Pero, ¿lo consigue? La experiencia cotidiana parece concluir que su impronta es débil. Ahora bien, no podemos tampoco olvidar que el nomenclátor fija en el subconsciente ciudadano unas referencias, y estas pueden hacerse conscientes en cualquier momento. Al leer un libro, ver una película o leer la prensa, el madrileño se fijará en el nombre de Serrano antes que en el de Prim. Lo hará inconscientemente, porque le evocará una de las calles más importantes de su ciudad, porque ese nombre que ahora lee o escucha le resultará familiar y, de golpe, lo descubrirá como propio. Los nombres de las calles se convierten, así, en imanes subconscientes que, en un momento dado, pueden atraer indirectamente la atención del individuo sobre su contenido.

Sería un error, por tanto, caer en el extremo de considerar el nomenclátor como un acto comunicativo inútil o ineficaz. En muchas ocasiones, se trata de un acto comunicativo que deriva en sentidos diferentes del originalmente pensado. Pero en otras ocasiones, ejerce la función política e identitaria para el que fue diseñado. Los nombres de las calles no son completamente neutros ni indiferentes para los ciudadanos. No es lo más frecuente, pero tampoco es inusual que un grupo de ciudadanos utilicen los nombres de las calles para manifestar su posicionamiento político. En los momentos de crisis política o social, el nomenclátor adquiere toda su fuerza simbólica y, a través de él, los ciudadanos discuten sobre la identidad y los valores de la nación.

Testimonio de ello fue la polvareda que se organizó en Barcelona cuando el Ayuntamiento de transición acordó en 1930 suprimir todos los nombres aprobados durante la Dictadura. Según esta medida, la actual Diagonal perdía el nombre de Alfonso XIII y recuperaba el antiguo de Argüelles. El Ayuntamiento recibió cartas vecinales muy jugosas en pro y en contra de la decisión. Entre ellas, por ejemplo, la del vecino Manuel Garriga-Nogués, quien argumentaba que "es muy lógico que se dedique al Soberano una vía de importancia aquí donde

políticos de todas las tendencias (incluso extranjeros) tienen dado su nombre a calles de importancia". Más almibarado en su argumentación se mostraba Don Andrés Piguillém Barrera, para quien el Rey merecía sin duda una avenida dado que "por su bondad se complace en enjugar las lágrimas, dulcificar amarguras e inundando de optimismo los corazones, levanta por doquier auras de veneración". También se recibieron cartas apoyando el cambio de nombre. La misiva del vecino Ramon Ràfons Camí rezuma un tono exaltado que preconiza la pronta instauración de la República: "Jo crec, senyors, que no seria just ni tampoc elegant el fixar-se únicament amb els dictadors caiguts (...) i no recordar-se del gran dictador que encara regna i goberna. Cal que no oblidem que sota el seu signe ha tingut lloc la mes gran i la mes cruel de les persecucions que el nostre poble ha sofert d'ençà de la seva renaixença nacional"[50].

Durante la última transición democrática se reprodujeron de nuevo estos debates, que todavía colean. Pero más allá de los momentos de crisis, no es infrecuente utilizar los nombres de las calles como una forma de resistencia pasiva al discurso hegemónico y al poder imperante. En este caso, se trata justamente de no utilizar el nombre que las nuevas autoridades han aprobado. Es verdad que, en los momentos de transición, muchas veces se utiliza el nombre antiguo por despiste o tradición. Pero en otras ocasiones, se emplea la denominación revocada para reivindicar lo que esta suponía y oponerse a lo que la nueva implica. Así, en Barcelona, ha habido gente que, durante bastante tiempo ha continuado llamando plaza de Calvo Sotelo a la de Francesc Macià. Y durante el franquismo, los ciudadanos siguieron denominando habitualmente calle de la Diagonal y de la Gran Vía a las Avenidas del Generalísimo y de Primo de Rivera.

[50] Estas cartas se encuentran en un dossier en el que se recogen las solicitudes vecinales para que se mantenga el nombre de Alfonso XIII. Arxiu Administratiu de Barcelona. Sèrie Q 109. Caixa 5. Sig. 22432. Expediente 10. 1930.

6. Conclusiones

A lo largo de este artículo he procurado explicar el carácter conmemorativo del nomenclátor europeo enmarcándolo en una tradición cultural de larga duración y en un contexto político más reciente. Por un lado, el tono historicista de los nomenclátores europeos se entiende perfectamente en el seno de una cultura, la europea, que ha desarrollado especialmente la conciencia histórica y ha convertido el proceso temporal-evolutivo en una clave interpretativa básica para comprender la identidad personal y colectiva. Pero durante muchos siglos las calles europeas no siguieron el patrón de la conmemoración nacional. Fue en la Revolución Francesa cuando el nomenclátor empezó a utilizarse como lugar de difusión y afirmación de ideas políticas. Durante el siglo XIX, el relato histórico se convirtió en el armazón de la conciencia nacional. La pretensión política liberal-nacional se había ligado al paradigma cultural historicista. El espacio público, entendido entonces como ámbito de encuentro y autodeterminación de la comunidad política, fue rotulado con un discurso histórico que pretendía cimentar los principios del nuevo régimen. Este nuevo modelo toponímico revela una transformación en la autocomprensión de la sociedad, que se alejaba de las referencias religiosas y locales e inclinaba sus intereses hacia el mundo político, civil y nacional.

Desde entonces, los nombres de las calles de las ciudades europeas forman parte de la cultura histórica del viejo continente. Es decir, el nomenclátor se ha convertido en una pieza importante del sistema socio-comunicativo a través del cual la sociedad europea elabora su experiencia histórica (a fin de hacerla útil para las necesidades del presente). La rapidez con que las autoridades anuncian la denominación de una calle con el nombre de un personaje ilustre recién fallecido demuestra que el nomenclátor forma parte del conjunto de recursos con los que la sociedad objetiva, transmite y utiliza el pasado. En las páginas que ahora concluyen se ha argumentado que un modo idóneo de analizar una cultura histórica determinada es aplicándole el análisis categorial propio de los actos comunicativos. La disección de una cultura histórica determinada atendiendo a la naturaleza e intenciones de los emisores, a la tipología de los medios, al contenido de los mensajes y a los resultados de las recepciones, puede proyectar un dibujo

bastante completo de los perfiles y las dinámicas de una memoria colectiva concreta.

Esta metodología analítica puede aplicarse también al macrotexto de memoria urbana, al nomenclátor de una ciudad. Hemos ensayado una primera aproximación a los nombres de calles de Barcelona y Madrid (especialmente los impuestos durante el periodo Contemporáneo). Ha quedado patente que el poder político municipal ha sido el principal agente –aunque no el único– en la configuración de los tapices de memoria urbana. Los nomenclátores de Barcelona y Madrid han presentado algunas diferencias discursivas notables. Hemos constatado divergencias en las geografías que transita la memoria y los tiempos en los que se detiene. También son patentes las diferencias en la narrativa político-identitaria de fondo. No hemos tenido espacio para señalar las similitudes, que son también significativas. Por último, hemos podido constatar que los ciudadanos no se limitan a "consumir" el discurso toponímico propuesto por las élites. En muchas ocasiones, la recepción es distinta a la esperada por los escritores de la memoria. En otras ocasiones, sencillamente no hay recepción, porque los ciudadanos no logran descodificar los significados. Finalmente, ha habido también momentos en que los ciudadanos han abandonado el papel pasivo y han devenido sujetos activos en la configuración de la memoria urbana, bien proponiendo nombres, bien retirando, suplantando o protestando las decisiones toponímicas de la autoridad.

Los nombres de las calles son mucho más que unas placas que orientan espacialmente a los ciudadanos. Constituyen un mapa mnemónico y una red simbólica que permite conocer el alma de la comunidad. En los momentos decisivos, los nombres de las calles son el escenario en el que la sociedad debate su presente y su futuro, sus valores y sus referentes. El nomenclátor es uno de los espacios simbólicos donde la comunidad pugna por su imagen y define su identidad.

Copyright of Memoria y Civilizacion is the property of Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.